

## ENSAYO DE INTERPRETACION DE SARMIENTO (\*)

Una biografía circunstanciada de Sarmiento daría material para un extenso volumen o para un curso universitario que podría titularse: La vida extraordinaria de un maestro argentino que enseñó a toda la América. Tarea dificultosa, lo mismo en extensa disertación que en síntesis breve la de abarcar los múltiples aspectos de la vida del patricio argentino. Llevó implícita en su gesta heroica una dinámica potente, una continuidad de esfuerzos, un dilatado campo de trabajo que no caben en los límites ni de un libro ni de una cátedra.

Al hablar de trayectoria vital se quiere decir existencia en agitación constante desde la cuna hasta el sepulcro; renovación perpetua, incansable marcha ascendente. La obra del hombre no encaja en el cuadro de un juicio crítico porque tuvo tantos aspectos su labor que se escapa a toda clasificación y se nos impone como un inquietante prodigio de energía, de voluntad y de clarividencia.

Como a los grandes hombres del Renacimiento le tocó vivir una vida larga para que pudiera llevar a término su misión histórica. Hubo una profunda dramaticidad en su carre-

---

(\*) Discurso pronunciado en el acto de homenaje a Sarmiento organizado por la Unión Panamericana en Washington con motivo del cincuentenario de su muerte.

ra; se le podría catalogar entre los hombres que se realizaron plenamente.

En nuestra América abundan las vidas heroicas truncadas; los grandes planes de reforma que no pudieron concretarse en obra; los proyectos geniales que no pasaron del papel borroso o de la clara imaginación.

Sarmiento traía la marca del hombre predestinado a luchar, a padecer, a construir. Cuando se recorren paso a paso las jornadas de su vida se va apoderando del lector sentimiento de asombro primero, luego impulso de simpatía y finalmente piadosa admiración. Se siente la urgencia de decir: Ya hizo más que cuanto se puede pedir a un hombre; déjenlo descansar; permítanle el goce de los afectos familiares, la dulce añoranza de la propia obra, el recuerdo de sus viajes alucinantes, la contemplación de las bellezas naturales, el reposo en un retiro amable al amparo de sus gentes, de sus valles y de sus montañas.

Sarmiento hubiera sido el primero en contradecir a ese lector piadoso; llevaba el germen del que nunca se conforma con lo que ha ejecutado; del combatiente que se nutre con los episodios de su propia pelea; del artesano y del jornalero, a quienes apenas les es permitido reposar unas cuantas horas para reanudar la tarea con el alba de cada nuevo día. Ninguno de los capítulos de su existencia fué fácil o sencillo, en él se hizo carne viva la idea del Kempis sobre que cada día trae su propio quebranto. Esa lucha eterna fué para él fuente de fortaleza y manantial de sabiduría.

Quien no hubiera tenido su vitalidad se habría aniquilado; él que era un temperamento combativo, en cada prueba templaba mejor su acero. Su condición de hombre formado con el peligro, con la miseria, con la incomprensión o con la malevolencia de sus semejantes, le dió un profundo sentido sobre las realidades de la vida y sobre el modo de ser de la gente de su época. ¿De dónde heredó tanta energía, semejanza de fortaleza y tal perseverancia? Acaso era la sangre de los

andaluces, de los vascos o de los castellanos trasplantados a América; pueblos resistentes, tenaces y despiertos.

Sarmiento fué un criollo, descendiente de aquellas familias peninsulares que se atrevieron a construir su hogar en las solitarias alturas de las regiones andinas.

San Juan, su ciudad natal, era a la vez avanzada y eslabón; casi en las fronteras de las provincias del Plata, fin de jornada para los que se proponían tramontrar los Andes antes de bajar hacia las vertientes del Pacífico.

Los biógrafos de Sarmiento nos hablan con insistente convicción de los caracteres hereditarios que le venían de su estirpe; de los rasgos dominantes del padre y de la madre y de la influencia del medio en que pasara su niñez. Hay quienes señalan como anuncio simbólico la circunstancia de que vió la luz en 1811 a los pocos días de que estallara la revolución de mayo y hacen resaltar el hecho de que su padre don José Clemente Sarmiento fuera soldado de San Martín.

La exaltación libertaria de don José Clemente motivó el que sus contemporáneos le llamaran Sarmiento Patria. El padre de Sarmiento era un hombre de ardores, de fantasías, de aventuras. Alejado de las realidades e impenetrable al desaliento aunque le asediara la pobreza y le persiguiera la adversidad. La severa disciplina en el esfuerzo y la perseverante voluntad para conseguir lo que se proyecta fueron herencia materna.

Cuando leemos los *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento o los relatos de sus biógrafos más autorizados, nos invaden reverente acatamiento e íntima ternura por Doña Paula Albarracín. Imagen fiel de las virtudes calladas, estampa heroica de la maternidad providente, obrera incansable que teje a diario la tela de su telar hogareño.

Lo del telar no es una figura literaria, Paula Albarracín fué tejedora desde sus años mozos; la ganancia de la industria de sus manos sirvió para comprar el terreno en que más tarde levantara su tienda la familia humilde. En ese solar nació Domingo Faustino Sarmiento.

No han sido escasos en la historia de la humanidad los hombres ilustres y los héroes consagrados que han debido al influjo materno el toque decisivo para su vocación o el estímulo esencial para el pleno desarrollo de sus facultades. En el matrimonio de Don José Clemente Sarmiento y de Doña Paula Albarracín se dió una feliz asociación de fantasía y de equilibrio, de exuberancia y de recogimiento, de espíritu de aventura y de sentido de ahorro. Una vez más se puede subrayar que los matrimonios de contrastes suelen ser los mejor capacitados para dar herederos con rasgos personales en que se combinan la sensibilidad y el carácter, la inteligencia positiva del hombre de ciencia y la imaginación luminosa del artista.

Tales fueron los dones que heredara el niño Domingo Faustino Sarmiento, nacido el 14 de febrero de 1811 en el barrio del Carrascal, uno de los más humildes de la pequeña ciudad de San Juan, situada en la región de los Andes de la República Argentina.

Más que a escribir un relato pormenorizado, la vida de Sarmiento nos invita a trazar un esquema simbólico, una gráfica como aquellas en que se van marcando en líneas quebradas las diversas manifestaciones de la naturaleza o el desarrollo de una trayectoria vital.

Aprender, enseñar y combatir fueron las palabras mágicas y los verbos motores de la vida de Sarmiento.

#### SARMIENTO MAESTRO Y CONSTRUCTOR

Aquel que en nuestra América viva poseído del afán de construir y de enseñar tendrá trabajo no sólo para una vida larga sino hasta para varias reencarnaciones sucesivas. América no es un continente a la medida del hombre; las distancias y las alturas se miden con ayuda de compases desmesurados; las selvas, las cordilleras, las pampas y los desiertos ne-

cesitan cuadrículas con escalas de cien mil por uno para poderse fijar en los mapas.

Cuando Sarmiento visitó Europa el elemento hombre le interesó por encima de las grandes obras materiales o de los monumentos históricos; uno de los elogios más cálidos lo dedica a Suiza cuando dice: "Humilde y pobre, es la nación que más ha sabido ennoblecer al hombre". Sarmiento tenía un espíritu universal, el destino del género humano era lo que más le preocupaba y enardecía. Para él Suiza era una patria a la medida del hombre; la naturaleza, las obras materiales, la habitación, el campo cultivado, las ciudades de miniatura, los colegios, las libertades públicas, todo obedecía a un coeficiente humano.

Al visitar por primera vez los Estados Unidos de América lo que más le impresiona es el número de escuelas del Estado de Massachusetts y el elevado nivel de vida de los obreros de las ciudades y de los trabajadores de los campos en la Nueva Inglaterra. Vió realizado en tierras de población densa lo que tanto había perseguido en sus campañas educativas en Chile y en la República Argentina. Apreció claramente que el factor educativo y el elemento población eran los propulsores de toda grandeza. Coincidió con su eminente compatriota y contrincante Alberdi en la idea de que gobernar es poblar y llevó la fórmula más adelante sosteniendo que gobernar es educar.

El temperamento apostólico que lo agitaba hizo que se empeñara en esas tareas desde que tuvo uso de razón. Gracias a sus estudios histórico-sociales y a las observaciones de primera mano de viajero infatigable encontró fundamentos más amplios para su tarea y respaldo para sus teorías en cuantos países fué visitando.

Es una epopeya heroica y grandiosa, al mismo tiempo que humilde y recatada, la del hombre que se propone educar naciones que abarcan todo un continente. En los pueblos de vieja civilización, donde existen bien reglamentadas las divisiones del trabajo y las actividades de los especialistas, cada

uno va tomando a su cargo la parte que le corresponde de acuerdo con su capacidad. En nuestra joven América el reformador social concibe los planes y él mismo tiene que ejecutarlos; ha de ser arquitecto, ingeniero y al mismo tiempo sobrestante y albañil.

Sarmiento desde sus mocedades tenía la inquebrantable vocación de maestro; maestro de escuela primero y después maestro de naciones. En su espíritu esencialmente positivo se evidenciaban las características del constructor de un edificio para una pequeña escuela rural al principio y más tarde las del arquitecto del gran monumento de su patria nueva a la que él quería como una escuela grande.

En esa labor titánica puso en juego lo mismo sus facultades de ingeniero que su resistencia de albañil. El reformador en nuestra América debe librar batalla contra la rutina y la incomprensión en mayor grado que en otras partes; la herencia colonial pesa como manto de plomo, los prejuicios se erigen en regla invariable. Lejos de encontrar colaboradores el reformista tiene que luchar contra millones de personas que se oponen a toda renovación.

El carácter bien templado y la certidumbre en sus propósitos hicieron de Sarmiento el tipo del constructor; la confianza en sí mismo fué su escudo para escapar de cualquier desfallecimiento. Alguna vez dijo con tono imperativo y orgulloso: "Yo me siento capaz de hacer el bien porque sé qué es lo que quiero...". Hombre de programa metódico y de intuiciones sorprendentes nunca estuvo desprevenido ante las circunstancias difíciles. Sabía que son más meritorios los proyectos modestos que se realizan que los planes fantásticos que quedan en el aire. Nunca fué ni agitador sistemático, ni teorizante, ni jacobino; no gustaba de lucubraciones metafísicas sino de planes concretos de trabajo.

Como hombre de acción conocía las dificultades que encierra ejecutar una tarea constructiva, por eso a pesar de su exaltación temperamental y de su espíritu batallador no fué un demagogo. Combatió el verbalismo escolástico o insustan-

cial en aquella sentencia que dice que “las cosas hay que hacerlas aunque se hagan mal...”

Sarmiento pudo realizar su obra porque fué el obrero de su propio taller. Sabía que no hay escuela mejor que la del ejemplo y la de la enseñanza objetiva. Pocas páginas más elocuentes que aquéllas en que se cuenta que para hacer venir a sus conterráneos de la ciudad de San Juan en la conveniencia de que pintaran sus casas, él se puso en mangas de camisa a pintar la suya. Era entonces gobernador de la provincia de San Juan y se sentía ufano dando aquella lección de civismo práctico. Cuando el Gobernador Sarmiento estaba atareado construyendo el edificio para la escuela de su ciudad natal, le amenazaba un cabecilla rebelde llamado “El Chacho”; no por eso suspendió la obra, siguió vigilante y en guardia y le entregó a cada albañil un fusil para que lo tuviera al alcance de su mano si se presentaba el enemigo.

Su grande obra de reforma educativa fué posible porque al mismo tiempo que concibió los planes en grande fué capaz de practicar en la sala de clase los métodos que había ideado para la lectura, la escritura o la ortografía; él con sus propias manos aserraba la madera para los nuevos modelos de mesa-bancos y tejía el mimbre para enseñar los trabajos manuales.

El hecho de que después de ser Presidente de la República hubiera aceptado el puesto de Director de Escuelas de la provincia y el municipio de Buenos Aires es una demostración de que lo que más amaba era su obra de maestro. Por eso quedó consagrado como uno de los educadores cumbres, no sólo de su patria, sino de la América entera.

#### ARGENTINISMO Y AMERICANIDAD DE SARMIENTO

La lucha entre Unitarios y Federales en las Provincias del Río de la Plata es un fenómeno histórico-político que reviste cierta originalidad. No es equivalente al antagonismo

entre Federalistas y Centralistas que se observó en otras regiones del continente americano. Sarmiento se declaró Unitario no por razones teóricas sino por experiencia vivida. Habitante de una región despoblada y remota sufrió vejaciones, destierros y atropellos por obra de caudillos y mandones que pasaban por encima de toda regla de derecho. Con certera intuición se dió cuenta de que aquellos que postulaban el federalismo o la confederación en esa época eran los empeñados en repartirse el territorio argentino en feudos dispersos para gobernarlos a su capricho y administrarlos como una propiedad personal.

Al afiliarse al Partido Unitario su idea primordial fué la de oponerse a la disgregación de las provincias, al mismo tiempo que la de combatir el consorcio de los militares que aterrorizaban a la nación con procedimientos semejantes a los empleados por Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires. Esa batalla duró más de cincuenta años; Sarmiento fué implacable con los caudillos de todo linaje. Su legítima prosapia de civilizador lo hizo exclamar en una arenga pública en sus últimos años: "Todos los caudillos llevan mi marca..." No era hombre que se dejara dominar por la seducción de las palabras. Unitario mientras aquella bandera fué eficaz para combatir a Rosas, en cuanto el tirano cae Sarmiento se pronuncia por una tesis social de interdependencia orgánica a fin de que Buenos Aires no gravite demasiado sobre la economía de las provincias ni absorba inmoderadamente sus recursos.

Una vez que se impuso en los círculos políticos de la gran urbe bonaerense sostuvo su célebre fórmula: "Porteño en las provincias, provinciano en Buenos Aires, argentino en todas partes." Principio de unidad sostenido por una corriente benéfica entre el centro y la periferia y respaldado con la fortaleza de una comprensión y ayuda recíproca. Más tarde llegó a recomendar un sistema federal semejante al de los Estados Unidos del Norte, en el que los poderes de los Estados y los

de la Federación se coordinaran en forma que unos y otros resultaran beneficiados.

El hombre apasionado que había en él no prevalecía sobre su temperamento positivo ni sobre su concepto de las realidades; era la antítesis del sectario. Fué contradictorio, pero no versátil; todas sus determinaciones obedecían a un profundo análisis. Si el bien de su pueblo le exigía cambiar de rumbo, era capaz de distanciarse de sus amigos y correligionarios más allegados. Alguna vez uno de sus detractores le echaba en cara "que no había sido fiel a nadie," a lo que él contestó: Sarmiento no ha sido fiel a nadie porque no ha estado nunca al servicio de nadie," sentencia que se puede interpretar diciendo que sólo estuvo al servicio del pueblo.

En la gran jornada de la unificación de la República Argentina Sarmiento jugó un papel histórico de primera categoría; gracias a él se logró una fórmula de equilibrio entre la capital y las provincias y se desterraron viejas rivalidades para dejar el paso libre al espíritu de cooperación.

Desde la presidencia de la república fomentó los ferrocarriles, la Academia Militar y la Escuela Naval, el crédito, la colonización, las exposiciones regionales, las leyes agrarias, los observatorios astronómicos y las granjas agrícolas, los telégrafos, el fraccionamiento de los latifundios, como un medio de combatir la soledad y el aislamiento que él consideraba como los peores enemigos del hombre civilizado.

#### INICIADOR DE LA COOPERACIÓN INTELECTUAL

Alguna vez se ha hecho el cargo a Sarmiento de que no se preocupó suficientemente de los problemas generales de América. Hay que decir que él los planteaba desde su punto de vista de maestro continental. Los maestros son a veces rudos y ásperos; Sarmiento practicó un americanismo previsor, dinámico y categórico, como Bolívar supo señalar peligros e

hizo críticas acerbas sobre la organización social de las naciones de América.

Fué al pueblo argentino a lo que más amó en su larga existencia, pero jamás se dirigió a él con adulaciones o lisonjas; era lo contrario de un demagogo y nunca comprometió la fortaleza moral del educador. Empleó un lenguaje de crítica regeneradora al ocuparse de los problemas del resto de América.

Sus violencias contra España se refieren al pésimo sistema de organización colonial. Uno de los grandes errores de España fué el haber mantenido aisladas a sus colonias al punto que ni las más inmediatas tenían noticias unas de otras. Este "tabicamiento" se siguió observando después de la independencia y hasta la fecha subsiste en varios campos de las actividades continentales. Así como Sarmiento quería que todas las provincias de su patria se unieran, también aspiraba a que las naciones americanas se comunicaran y se fortalecieran entre sí. En este terreno, como en todas sus empresas vitales, predicó con el ejemplo.

Su larga permanencia en Chile fué un trabajo constante de "cooperación intelectual", según la expresión que ahora se usa. Desde maestro rural hasta catedrático universitario y director de la Escuela de Preceptores, fué marcando su huella fecunda y su obra perdurable. En sus viajes por Europa se le descubre la avidez del hombre obsesionado por aprender una lección diaria con el propósito de trasmitirla a toda la América a su regreso. En sus misiones diplomáticas es el maestro el que se presenta en primer término.

En 1864 se reunió en Lima, Perú, una asamblea de plenipotenciarios americanos para protestar contra la ocupación de las Islas Chinchas por la escuadra española. Aquellos plenipotenciarios decidieron constituirse en Congreso Americano e invitar a los demás países del continente a que se adhirieran a esa asamblea; Sarmiento asistió a dicho congreso.

Iba en camino de los Estados Unidos a desempeñar su misión diplomática como ministro de su país. Antes de sepa-

rarse de sus compañeros del Congreso Americano de Lima envió una memoria a los plenipotenciarios de las ocho naciones que lo integraban en la que habla de lo que él estima como principales problemas de la América; subrayando principalmente los que se refieren a la educación popular y a la enseñanza técnica. Es un documento revelador del espíritu de servicio americanista de Sarmiento. Después de una luminosa exposición de motivos ofrece lo siguiente: "En virtud de estas sumarias consideraciones propondría a mis honorables colegas al Congreso Americano indicaren a sus gobiernos la conveniencia de comisionarme para que estudie lo que a la educación común se refiere durante mi residencia en aquel país (Estados Unidos) y de ello pasar anualmente informe en un volumen impreso, que será distribuído a cada uno de los gobiernos..." el hombre de estudio y de acción se ponía al servicio de los gobiernos de América y sugería los medios para hacer viable su iniciativa.

Su residencia como Ministro de la República Argentina en Wáshington se puede considerar como un esfuerzo constante para enterarse de los problemas educativos de América y como un apostolado para señalar los caminos de su mejoramiento. El quería que lo que en los Estados Unidos se había conseguido gracias a la obra de Horacio Mann fuera secundado en toda la América. Para la propaganda de esas ideas fundó la revista *Ambas Américas*. Su amistad con los Ministros de Italia, de Austria o de México la aprovechaba para adquirir informes y documentos sobre la educación pública en aquellos países.

Emprendió la campaña para que en los Estados Unidos se imprimieran *Libros en castellano destinados a la América del Sur*, con el fin de renovar los textos y las obras de consulta. Su entusiasmo por la obra benéfica de las bibliotecas populares en los Estados Unidos lo tradujo en informes y comunicaciones para varios gobiernos de la América Latina.

Cuando más tarde llegó a la primera magistratura de su país, uno de los primeros mensajes que envió al congreso es

el que se refiere a la ley para promover las bibliotecas populares, en el que hace mención de la obra realizada en ese terreno en los Estados Unidos del Norte. Promovió también el intercambio de profesores y las misiones educativas entre unos y otros países de América, lo mismo que el canje de libros y publicaciones.

Los organismos de cooperación intelectual que funcionan hoy, tanto en América como en Europa, deben honrar en la figura de Sarmiento a uno de los iniciadores de la gran corriente de intercambio cultural entre naciones.

#### AFINIDADES Y CONTRASTES

Hay un proloquio castellano con el que se identifica a los hombres viles: "Soberbios con los humildes y humildes con los poderosos". Sarmiento fué la antítesis de esa sentencia, siempre fué humilde con la gente sencilla y altivo con los que tenían en su mano la fuerza o el poder. El hombre de la eterna polémica en la plaza pública, tenía rasgos de amable consecuencia en el trato íntimo; atesoraba un caudal inagotable de ternura hacia los seres desvalidos. Los niños, las aves y las plantas merecían de su parte el trato delicado y las minuciosas atenciones de un alma franciscana.

Eran famosos los rasgos de su temperamento apasionado; amaba sin medida y odiaba con violencia, sabía ser amigo fiel y enemigo implacable. En ese capítulo tampoco erigía en conducta definitiva lo que era obra de circunstancias pasajeras. La historia de las polémicas y controversias de Sarmiento podía dar tema para gruesos volúmenes. Los hombres se pueden medir a veces por la estatura de sus contrarios; se enfrentó con don Andrés Bello en el campo de las letras y de las ciencias de la educación; con don Juan Bautista Alberdi en los dominios de las doctrinas políticas y de los problemas sociales. Se alejó del General Urquiza cuando creyó que el caudillo podría seguir el camino de Rosas; en su correspondencia

con Mitre hay críticas acerbas y comentarios violentos, en los que evidencia sus ideas antimilitaristas. Usaba su dialéctica y sus facultades de buen combatiente cuando estaba poseído de una convicción generosa; no discutía por vanidad, muy lejos estaba de esos tipos de megalómanos que por egocentrismo creen que siempre tienen razón. Como enemigo pegaba duro, pero nunca fué rencoroso u obcecado.

No es raro encontrar en sus obras citas en las que rinde acatamiento a don Andrés Bello. Con Alberdi se reconcilió en efusivo abrazo una vez que terminó la batalla de las "Bases" y de los "Comentarios". Siendo Presidente de la República liquidó sus viejas diferencias con Urquiza y enalteció lo que a su juicio había sido meritorio en la obra del gobernador de Entre Ríos. Con Mitre no sostuvo ninguna discrepancia irreconciliable, en diversas épocas de la historia política argentina hubo franca cooperación entre ellos.

Las afinidades intelectuales, políticas y emotivas de Sarmiento no fueron muy numerosas. Cultivó devota admiración por la figura de Horacio Mann, con el que lo vinculaban coincidencias primordiales; entre ellas el influjo que en los dos había ejercido la providente laboriosidad de la madre de cada uno, sostén del hogar y estímulo para los primeros estudios. Otro punto de contacto entre Horacio Mann y Sarmiento provenía de su común devoción por Benjamín Franklin, los dos lo erigieron en modelo e inspiración. El culto de Sarmiento por Lincoln quedó perpetuado en la magnífica biografía que escribiera del Presidente Libertador. Para don Victorio Lasarria, el maestro chileno, conservó respetuosa simpatía por el aliento ideológico que de él recibiera. Entre sus compatriotas, además de sus grandes afectos familiares, amó a Rivadavia y a Varela, a Vélez Sársfield y a don Nicolás de Avellaneda. La llama de amistad que nunca se extinguió en él fué la que consagrara a don Manuel Montt, el Presidente de la República de Chile, no sólo por la ayuda material que le impartiera, algo que fué decisivo para su carrera, sino porque según Sarmiento decía en su vejez "don Manuel Montt supo

descubrir lo que había en mí como fondo valioso en ideas y como promesa seria de hombre de acción.”

En ciertos sectores de opinión se le denigró ferozmente durante su ejercicio presidencial y hasta se le aplicó el mote de loco, pero llegado el momento de la entrega del poder, cuando el hombre volvió con tanta dignidad al trabajo como un sencillo ciudadano y sostuvo en la tribuna y en la prensa sus reformas con tanta razón como valentía, se fué apaciguando la marea; ya cerca de su muerte gozaba de mayor prestigio y fuerza moral ante todo el pueblo argentino que los que ostentó desde la primera magistratura.

#### EL ESCRITOR Y EL POLÍTICO DE GENIO

Frecuentemente se ha discutido la tesis sobre si Sarmiento tuvo genio o si solamente se le puede reconocer talento extraordinario. En esos dominios imponderables se puede caer en el bizantinismo teorizante. Hay que referirse a su vida y a su obra desarrollada con soberana armonía para encontrar el sentido profundo de sus dotes geniales. Intuición creadora, rasgos clarividentes, energía inquebrantable, intransigencia obstinada, pasiones violentas y hasta cierta falta de tacto y no pocas extravagancias son marcas que acreditan al genio.

En el campo de las letras como en la vida misma fué desigual y a veces contradictorio; escribió sobre todos los temas reales e imaginarios, su herencia la integran más de cincuenta gruesos volúmenes. Los que prefieren al escritor de la primera época recomiendan el “Facundo” como su obra maestra. La génesis y la realización del “Facundo” demuestran sus chispazos de genio. Escribió ese libro entre los 30 y los 40 años cuando residía en Chile antes de sus viajes y de sus estudios en el extranjero; fué como una manifestación espontánea de sus facultades creadoras innatas; marca así un antecedente glorioso en la historia de la literatura americana. Novela ejecutada sin regla ni modelo, compuesta como Dios le

dió a entender; atrabilaria, violenta, combativa, desigual, ha perdurado como obra genial por su fidelidad a las condiciones humanas y a la época y al paisaje en que se desarrolla su trama.

Hasta hoy no se ha dado de manera concluyente el genio científico y filosófico en nuestra América, esas son prerrogativas de pueblos de historia de siglos; pero sí se ha dado el genio literario. Podemos citar una larga lista de autores americanos que han escrito poemas, novelas y ensayos consagrados por opinión unánime como obras geniales. *Facundo* es precursor de *Don Segundo Sombra* de Güiraldes, de *Doña Bárbara* y *Canaima* de Rómulo Gallegos, de *Los de Abajo* de Mariano Azuela y de *La Vorágine* de Eustasio Rivera..

En Sarmiento como en Simón Bolívar y en José Martí concurrían el genio literario y el genio político. Los hombres de genio que han nacido en nuestro continente se han significado por su grande amor y por su profunda identidad con sus pueblos. Políticos y reformadores de genio fueron Bolívar y Lincoln, Morelos y Sarmiento. Por la visión certera, por su apego a los principios humanitarios, por el desinterés y por el sentido de la realidad perduran sus reformas y actualmente se vive dentro de la órbita de sus ideas. Gran parte de lo que ahora proyecta o realiza nuestra América en el afán de su mejoramiento social fué postulado por aquellos próceres que tuvieron genio político.

A Sarmiento se le atribuyen ciertos extravíos y limitaciones al hablar de algunos problemas que atañían al porvenir de la América; eso obedeció a su fe desbordante en las ideas del progreso y a su entusiasmo ilimitado por el espíritu civilizador europeo. En ese sentido participó de la embriaguez que produjeron los adelantos materiales y las maravillas de la ciencia en las generaciones de la segunda mitad del siglo XIX.

No pensó en el mal uso que los hombres del siglo XX podían hacer de la fuerza, del poder, de la riqueza y de la técnica; su espíritu abierto de hombre de las montañas andi-

nas y su corazón generoso de provinciano de tierra adentro nunca creyeron que la maldad, las ambiciones, el odio o la ceguera de los hombres de nuestro tiempo fueran a comprometer la obra civilizadora que el correr de los siglos había acumulado tan dificultosamente.

Quizás no sea posible edificar con el contenido de sus obras escritas un sistema filosófico congruente o un decálogo político infalible; él nunca aspiró a ser infalible. La infalibilidad no es patrimonio del género humano, aunque se trate de hombres de genio.

La lección que se desprende de la vida de Sarmiento quedará como modelo válido para todos los tiempos y para todos los hombres; la tónica de su carácter, la limpieza moral de su desinterés, su lucha larga por el bien de los demás en la prensa, en la tribuna, en la cátedra y en los campos de batalla, su decidida vocación por sus tareas redentoras. A medida que pasa el tiempo su figura se agiganta; toda la América sabe que su carácter combativo y a veces violento e implacable estaba regido por altos principios de moral pública, por un afán de civilizar nuestro continente. Fué de aquellos que, según la expresión del maestro español Joaquín Costa, tuvieron hasta ferocidad para hacer el bien.

Las tierras de América no fueron infecundas a sus enseñanzas ni sus pueblos indiferentes a su llamado. En este cincuentenario de la fecha de su fallecimiento se le han rendido homenajes en casi todas las naciones del Nuevo Mundo.

Hoy hace 50 años que murió Domingo Faustino Sarmiento en Asunción, Paraguay. Una crónica de la época cuenta que al llegar sus despojos mortales a Buenos Aires iban cubiertos con las banderas del Uruguay, Brasil, Paraguay, Chile y Argentina; esta noche en homenaje a su memoria las banderas de las veintiuna repúblicas que forman la Unión Panamericana le hacen guardia de honor.

PEDRO DE ALBA